

Unidad 5.

El libro y las bibliotecas europeas en el siglo XVIII.

Escolar Sobrino, Hipólito. El siglo de las luces. La enciclopedia. Pp. 481-487. En: Historia universal del libro. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruiperez, 1993.

____ La imprenta en la Gran Bretaña. Pp. 491-498. En: Historia universal del libro. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruiperez, 1993.

____ Siglo XVIII (I). Pp. 350-373. En: Historia de las bibliotecas. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruiperez, pirámide, 1990.

____ La biblioteca nacional. Pp. 375-387. En: Historia de las bibliotecas. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruiperez, pirámide, 1990.

20.

El siglo XVIII.

Europa

El siglo de las lucés. La *Enciclopedia*

Como contraste con la decadencia de la imprenta en el siglo XVII, el siglo siguiente, el XVIII, representa uno de los momentos más brillantes de su historia.

El cambio puede advertirse al primer golpe de vista. Las portadas se hacen más ligeras, sin tantas letras, decaen las grabadas concebidas como aparatosos retablos y hay una tendencia creciente a resolverlas a base de tipografía pura o, a lo más, con una orla o un pequeño grabado en la parte superior o inferior. El cambio también se advierte en la distribución de la mancha de las páginas interiores, y en la impresión por la mejor calidad de la tinta y el mejor acabado del papel cuyas caras son más lisas. Se producen novedades en los diseños de los tipos gracias a una serie de grandes innovadores y se procura la normalización de sus dimensiones, de forma que en una misma familia de letras las diferencias de grado o tamaño respondan a medidas modulares. Se utilizan muchas viñetas tipográficas con las que pueden componerse remates, cabeceras y orlas con diversos elementos.

La riqueza, que se concentraba en las clases superiores, nobleza y alta burguesía, despierta un interés por el lujo, por tapices y alfombras, por muebles y cuadros, por porcelanas y objetos decorativos, por vestidos y joyas y, claro está, por los bellos libros.

Disminuyó el tamaño de los libros para adaptarse mejor a las ilustraciones, entre las que sobresalen las viñetas, usadas tanto como cabeceras como para final de capítulo, *cul-de-lampe*, y

orlas. La viñeta caracteriza al rococó como el frontispicio al barroco, y es tal la importancia concedida a la ilustración, frente a la pobreza tipográfica, que puede sacarse la impresión de que el texto es una simple disculpa para el lucimiento del ilustrador.

Las damas que reinaban en sus salones, impusieron también sus gustos (hubo, además, muchas bibliófilas, como Mme. de Pompadour) en la encuadernación, que inaugura un nuevo estilo, encaje (*dentell*, en francés), porque con los hierros se forman orlas que imitan encajes y puntillas. Es un descanso para la vista la parte central, libre de la decoración que la inundaba en estilos anteriores, con un simple escudo. Otro estilo de moda, renovado con brillantez, fue el mosaico, que data del siglo XVI y consiste en la utilización de trocitos de piel de diversos colores, cuyos empalmes se disimulan con hierros dorados. También se usaban para estos menesteres pinturas espesas o esmaltes, llamadas *mastics*. Entre los grandes encuadernadores franceses que cultivaron uno y otro estilo están Jacques-Antoine Derômer el Joven, que utilizó como motivo central un pájaro de espaldas volviendo la vista, Antoine Michele Padeloup, Agustín du Seuil y Pierre Paul Debuissón.

Los centros intelectuales, los lugares donde surgen y se transmiten las ideas, no son ya las universidades, ni menos aún los monasterios o conventos. El papel protagonista corresponde a nuevas instituciones seculares, como las academias, los salones de las casas nobles, los cafés, donde se forman tertulias de amigos, y las librerías. En ellas se leen trabajos, se habla y se discute de temas literarios, históricos, científicos, sociológicos y políticos.

La secularización del pensamiento originó cambios en el contenido del libro. Los de tema religioso, que habían constituido una mayoría abrumadora en los momentos iniciales de la imprenta, terminaron siendo menos de una tercera parte de la producción. Un descenso aún mayor experimentaron los escritos en latín, pues no sólo los autores de las brillantes modernas literaturas nacionales disputaban los lectores a los medievales o a los de la Antigüedad Clásica, sino que en las obras de pensamiento cada vez se utilizan más las lenguas vernáculas en vez del latín.

Ello supuso la aparición de barreras para la difusión interna-

cional de las ideas y para la intercomunicación entre los hombres de ciencia, barreras que con frecuencia se abatieron por la utilización muy generalizada de la lengua francesa. Pero el empleo de las lenguas vernáculas también favoreció la circulación interior del libro en los países o estados que compartían una misma lengua.

La sociedad urbana que se fue desarrollando a lo largo del siglo mostró interés por la información social y facilitó una mayor difusión de las publicaciones periódicas que habían surgido en el siglo anterior, lo mismo que el crecimiento del acervo científico y la creencia en que la felicidad del hombre podía aumentarse haciéndole partícipe del mismo, propició la boga de enciclopedias metódicas y diccionarios enciclopédicos, representados todos brillantemente por la *Enciclopedia* que dirigieron al principio d'Alembert y Diderot y después éste solo.

Esta voluminosa obra es tan característica de la segunda mitad del siglo XVIII que sus colaboradores son llamados enciclopedistas por antonomasia, calificación que casi parece sinónima de ilustrados o filósofos dada a los ingenios de la Ilustración, movimiento representativo del talante intelectual de la minoría culta de estos tiempos, que, con su confinza en el poder de la razón y con su pretensión de analizar científicamente la naturaleza, la sociedad y el individuo, dio una nueva visión de la vida, minó las creencias tradicionales, tanto las religiosas como las políticas, y aceleró las ideas que iban a dar lugar, al final de la centuria, al derrumbamiento de las formas de vida que se llaman Antiguo Régimen, y al triunfo, a través de las revoluciones americana y francesa, de las ideas democráticas de los siglos XIX y XX. No es sorprendente que haya sido calificada como el motor intelectual más poderoso del siglo tanto desde el punto de vista social y político como desde el de la interpretación y difusión de la ciencia.

La empresa se inició con unas pretensiones modestas: la traducción de la *Cyclopaedia or Universal Dictionary of the Arts and Sciences*, de Ephraim Chambers, publicada en dos volúmenes en Londres en 1728 y que había tenido un gran éxito. Pero el proyecto fracasó después de haber conseguido la oportuna licencia el librero André François Le Breton.

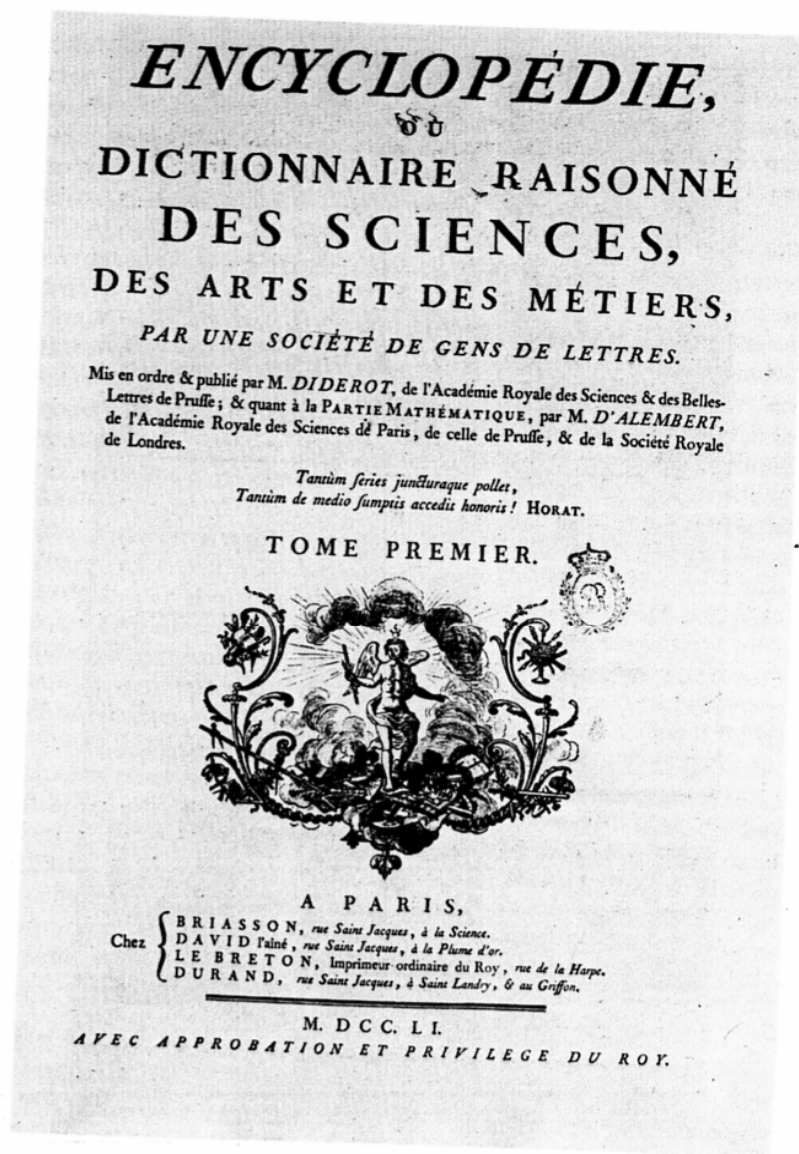
Surgió la idea de hacer una obra más amplia y original. Le

Breton se asoció con otros tres librereros y, de común acuerdo, llamaron a un hombre poco conocido, que se ganaba la vida dando clases y traduciendo, Denis Diderot, que se entusiasmó con el proyecto, elaboró un ambicioso plan, concibió la *Enciclopedia* como un trabajo de colaboración, en la que los artículos debían ser redactados por especialistas, y pidió que le ayudara en la dirección Jean le Rond d'Alembert, famoso, no obstante su juventud, por sus conocimientos matemáticos. Los 21 redactores iniciales terminaron siendo 160 al final, pues hubo incluso esponentes que brindaron el fruto de sus conocimientos y experiencias. Naturalmente no faltaron los nombres sagrados del siglo XVIII francés: Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Buffon, etc. Los salones parisinos sirvieron de caja de resonancia de los comentarios que hacían estas grandes figuras, entusiastas de la empresa desde el primer momento, y así cuando en 1750 se repartió el anuncio de la publicación, las suscripciones llegaron en gran número.

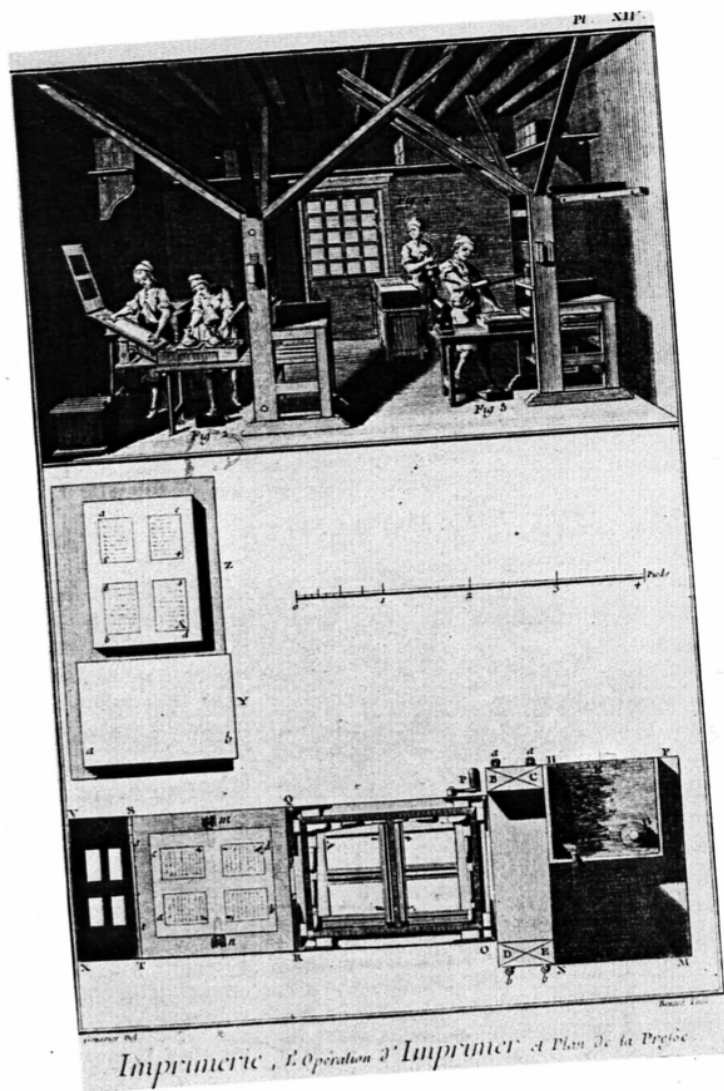
Por fin, como estaba previsto, en 1751 apareció el primer volumen de la *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, precedida de un Discurso preliminar de d'Alembert, en el que, tras reconocer la deuda con el *Diccionario* de Chambers y describir la concepción de la obra, muestra el pensamiento que ha guiado a directores y autores, resultando un documento de interés para el conocimiento de la ideología de los ilustrados y concretamente de los enciclopedistas.

Como se indica en el título, además de exponer la situación de las ciencias y las artes, la *Enciclopedia* pretendía llevar a cabo una idea original con la descripción de las artes mecánicas, sobre las que casi nada se había escrito y cuyo interés social y económico era enorme por el empuje de la naciente sociedad industrial. La mayoría de los artículos los tuvo que redactar el propio Diderot, y para documentarse acudió a los talleres, donde recibió explicaciones de los operarios e incluso manejó las máquinas.

Su aparición suscitó violentas reacciones, entusiastas por un lado y contrarias por otro, expresadas éstas por la Iglesia y principalmente por los jesuitas, que consiguieron preocupar al Gobierno, el cual no se decidió a intervenir hasta que apareció el segundo volumen, al año siguiente. Entonces prohibió ambos por- que contenían ideas que trataban de destruir la autoridad real,



Portada de la *Enciclopedia* francesa, 1751.



Un taller en el siglo XVIII.

establecer el espíritu de revuelta y consolidar el error, la corrupción de las costumbres, la irreligiosidad y la incredulidad. Pero la *Enciclopedia* había suscitado el orgullo nacional en sectores sociales franceses influyentes, que alegaban la posibilidad de que se prosiguiera en el extranjero, y a los pocos meses los enciclopedistas fueron autorizados a proseguir.

Al aparecer el tomo VII la reacción de los enemigos de la *Enciclopedia* fue tan fuerte que consiguieron que las autoridades francesas volvieran a prohibirla y que d'Alembert presentara la dimisión. Incluso más. Como la obra tenía una gran difusión en Europa, el papa Clemente XIII la condenó en 1759 ordenando, bajo pena de excomunión, la quema de todos los ejemplares en poder de los fieles católicos. Todo esto supuso una demora en la continuación, pero no la supresión. Realmente tolerada, aunque no autorizada, prosiguió la redacción, la impresión más tarde y, finalmente, la difusión comercial, aunque utilizando subterfugios y falsos pies de imprenta. A partir de 1762 empezaron a aparecer los tomos de láminas, a los que siguieron tres años más tarde diez de texto. La obra dirigida por Diderot quedó completa con 17 volúmenes de texto y 11 de láminas, a los que se añadieron posteriormente cinco de suplementos (cuatro de texto y uno de láminas) y dos de índices, quedando completa con estos 35 volúmenes.

Fue enorme el interés despertado por la *Enciclopedia* en las clases cultas de Europa, como lo muestra el que los editores cubrieran holgadamente las 4.000 suscripciones previstas, y hubiera sido mucho mayor el número de ejemplares vendidos si la tirada lo hubiera sido también. Consecuentemente, aparecieron reediciones en diversos lugares y principalmente en Suiza e incluso una edición abreviada (Ginebra, 1768), *L'Esprit de l'Encyclopédie*, en la que habían desaparecido los artículos polémicos.

La imprenta en Francia

Volviendo a Francia, puede advertirse en este país un crecimiento del comercio del libro a lo largo de todo el siglo XVIII como consecuencia del aumento del número de lectores y de la mayor afición de éstos por la lectura, a pesar de que la legisla-

que se podían hacer varias combinaciones). Tuvo la idea de normalizar los tamaños por un sistema de puntos, que más tarde fue perfeccionado por Didot. Fue un brillante diseñador y expositor, pero no muy original, aunque sus elementos ornamentales tienen un gran encanto. De todas formas, a su muerte era el teórico de la tipografía más célebre en Europa.

Muy importante fue en los siglos XVIII y XIX la familia Didot, fundada por François Didot (1689-1757), librero e impresor, pues sus miembros destacaron como impresores, editores, fundidores de nuevos tipos, papeleros e inventores de procedimientos tipográficos.

François tuvo dos hijos, François Ambroise (1730-1804), conocido como *l'ainé*, y Pierre François. El primero se hizo cargo sucesivamente de la librería y de la imprenta paternas. En su haber hay que anotar, aparte de una colección de clásicos franceses y latinos dedicados al Delfín, el establecimiento del punto Didot, que sigue utilizándose hoy en la imprenta como unidad de medida. Los grados o tamaños aumentan de dos en dos puntos a partir de los seis que tiene el más pequeño. Doce puntos constituyen un cícero, otra medida normalizada para las dimensiones de la caja. También se le deben modificaciones en la prensa de imprimir y el ser el introductor en Francia del papel vitela o satinado, antes importado de Inglaterra. Finalmente dibujó los primeros caracteres Didot, que fueron grabados en 1775 por Waflard. Sus hijos y sus nietos, así como los de su hermano, continuaron la tradición familiar, destacando entre todos Fermín (1764-1836), que fue nombrado por Napoleón director de la fundición de la *Imprimerie Impériale* y al que se debe la forma definitiva que tienen los tipos que llevan el nombre de la familia.

La imprenta en Gran Bretaña

A la pujanza económica de Inglaterra en el siglo XVIII le correspondió un espléndido renacimiento literario. Y es natural. El bienestar económico, que no alcanzó sólo a los grandes aristócratas, facilitó los estudios y proporcionó un gran número de lectores con posibilidades de compra de libros, que no resultaban

tan caros como los franceses por no ir destinados primordialmente a los muy ricos.

Esta sed de lectura propició el desarrollo de la prensa, a la que, al principio, dieron interés las luchas políticas entre los dos grandes partidos, *whig* y *tory*. Sus informaciones, con frecuencia apasionadas, se leían en voz alta y se comentaban en los cafés. Fueron numerosos los títulos, de vida más o menos precaria, y el Gobierno trató de acortar su número con impuestos. De entre ellos merece recordarse el *The Daily Courant*, el primer diario inglés, que apareció en 1702 y prolongó su vida hasta 1735.

Frente a esta prensa peleadora, cuyos responsables solían pagar con la cárcel sus insidiosos y violentos ataques, surgió otra más sensata, denominada, por contraposición, moral, que pretendía educar entreteniéndolo, como el *Tatler* y su sucesor el *Spectator*, en los que colaboraron brillantes periodistas, entre los que destacan Richard Steele y Joseph Addison, cuyo ejemplo fue seguido en Inglaterra y en Europa. Tuvieron gran aceptación las publicaciones con artículos e informaciones diversos, como si fuera un almacén, *magazine*, nombre que se impuso para un tipo de publicación de contenido ameno y cultural, tal el *Gentlemans Magazine*, aparecido en 1731 y cuya publicación alcanzó al siglo XX.

Estos *magazines* daban información de los libros aparecidos y por ello contribuyeron al gran éxito comercial de novelas como *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, o *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, consideradas «filosóficas» en su tiempo; aunque ahora, arregladas, son lecturas infantiles. También de novelas sentimentales, como *Pamela* o *Clarissa*, de Richardson, y del propio *Vicario de Wakefield*, de Oliver Goldsmith, y de obras de pensamiento, como *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, creador de la moderna economía, y las de Hume y Berkeley, que tanto influyeron en los enciclopedistas franceses.

Afortunadas medidas legislativas favorecieron la producción y comercialización del libro. En primer lugar la abolición, a finales del siglo XVII, de las limitaciones al establecimiento de imprentas, sólo permitido en cuatro ciudades (Londres, York, Oxford y Cambridge), con lo que en el primer cuarto del siglo XVIII pudieron ser 60 las que dispusieron de imprenta; después la autorización para abrir librerías, cuyo número se había

reducido por ley a 20 en todo el reino. La promulgación de la *Copyright Act* de 1709 protegió la propiedad intelectual, acabó con los privilegios caprichosos y con las ediciones piratas, y dio seguridad en sus inversiones a los editores.

Consecuentemente la imprenta inglesa alcanzó, por primera vez en su historia, un puesto de primera fila en el concierto mundial del que no ha descendido.

Una persona importante en el resurgir de la imprenta inglesa fue el grabador William Caslon, que liberó a sus compatriotas de la importación de matrices. Se inició en el diseño de letras y grabado de punzones con unos tipos árabes y coptos, aunque su fama se debe a sus variadas fundiciones de romanas y bastardillas, no muy originales, por cierto, pues seguía de cerca los modelos holandeses, aunque les dio un aire nuevo, que se considera muy inglés y que tuvo en su país tan buena acogida que aún sigue utilizándose, lo mismo que en Estados Unidos.

Frente a los libros lujosos, bellamente ilustrados, que se imprimían en Francia, Italia y España, los ingleses se inclinan en este siglo por libros sin grabados, en los que el mérito consiste en una buena arquitectura tipográfica, una buena impresión sobre buen papel y un buen texto.

Al comienzo de la centuria (1702-1704) apareció en tres volúmenes *History of the Rebellion*, de Lord Clarendon, impresa por University Press, de Oxford, aunque en el pie de imprenta figura «at the Theatre at Oxford», porque Oxford Press, que había sido fundada en 1585, se trasladó en 1669 al Sheldonian Theatre, construido por el arzobispo Sheldon. En 1713 se edificó el Clarendon Building, donde se aposentó definitivamente la imprenta universitaria. En el centro del siglo (1743-1744), imprimió *The Works of Mr. William Shakespeare*, en seis volúmenes, que fue sufragada por el Speaker de la Cámara de los Comunes, Thomas Hanmer con la pretensión de realizar una edición digna de los merecimientos de Shakespeare, que hasta entonces no se había hecho.

Un impresor importante de la primera mitad del siglo, cuando los tipos eran importados de Holanda, fue William Bowyer el Viejo, entre cuyas obras figuran *Works of Alexander Pope* (1717), así como la traducción que éste hizo de la *Iliada*, 1715.

También lo fue Jacob Tonson, que publicó en 1712 una alabada edición anotada de César, traducciones de clásicos latinos y una bonita edición del *Quijote* (1738) en español. Una curiosidad es la edición de Horacio hecha por el grabador John Pine que, además de las ilustraciones, grabó el texto.

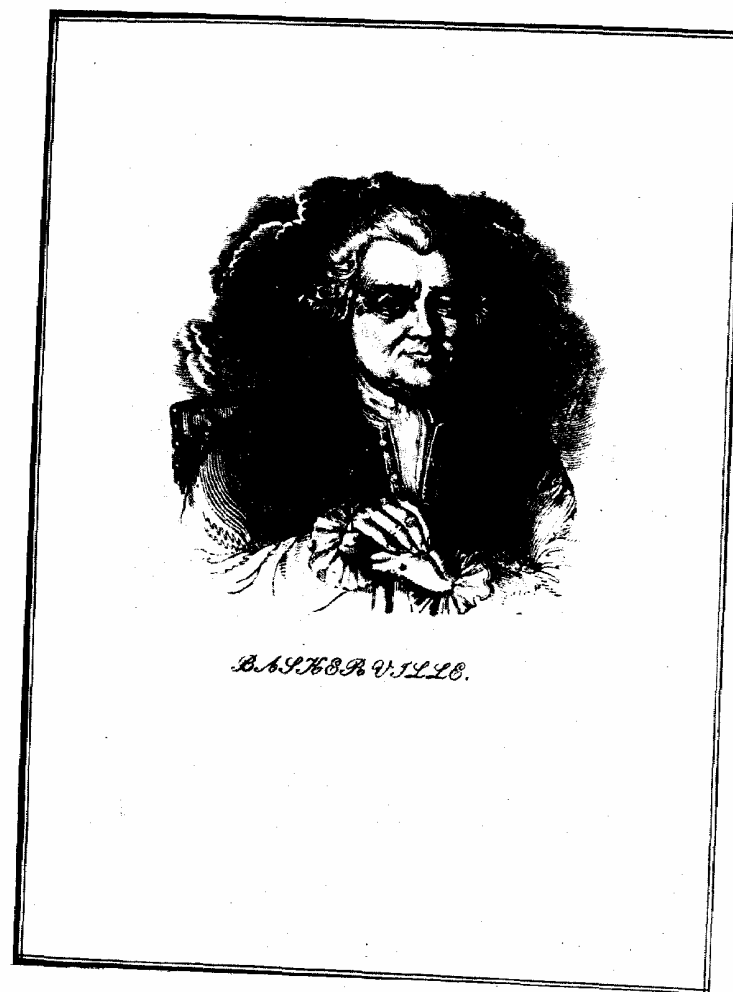
La figura más importante de la tipografía inglesa, y una de las más importantes de Europa en este siglo de grandes impresores, fue John Baskerville (1706-1775), un hombre excéntrico que comenzó como profesor de caligrafía y terminó como fabricante de lacas en Birmingham. Este último negocio le produjo dinero suficiente para dedicarse, sin afares comerciales, a la impresión, por la que se sentía atraído a causa de sus aficiones caligráficas.

Tardó seis o siete años en el diseño de sus tipos, fundidos cuidadosamente bajo su vigilancia por John Handy. Se alejan bastante de la tradición, tienen inclinación geométrica y señaladas diferencias entre los trazos gruesos y finos, tendencia que se impondrá en Europa, donde fueron más admirados en su tiempo que en la propia Inglaterra.

Dirigió personalmente la construcción de sus prensas, buscando que su trabajo resultara lo más preciso posible. En la fabricación de tintas puso a contribución sus conocimientos de barnices para dar con una de un negro brillante. La gente llegó a pensar que sus libros estaban impresos en papel de seda porque se había preocupado de que le fabricaran un papel sin la señal de los corondeles, llamado vitela, y colocaba la hoja húmeda recién impresa entre dos planchas calientes de cobre.

Sus enemigos, que los tuvo, lo mismo que admiradores, corrieron el rumor de que la lectura de sus libros dañaba la vista, críticas que podían encontrar justificación en el novedoso diseño de las letras, en el brillo de la tinta y en el satinado del papel.

En 1757 publicó su primer libro: *Bucolica, Georgica et Aeneis*, de Virgilio, y al año siguiente *Paradise Lost*, de Milton, en dos volúmenes, precedidos de un prólogo en el que habla de su afición, de los muchos años y dinero que le ha costado, y de la recompensa al fin conseguida con los plácemes por la impresión del Virgilio. Deseaba imprimir pocos libros, pero importantes, que a la gente le guste ver bien vestidos y por los que esté dispuesta a pagar su elevado coste. Llegó a publicar una cincuenta-



Retrato de John Baskerville.

na, entre ellos textos latinos (Horacio, Persio, Juvenal, etc.), famosos escritores ingleses, como Joseph Addison, y Ariosto, cuyo *Orlando furioso* imprimió (1773) por cuenta de los editores italianos Molini. De acuerdo con la Universidad de Cambridge imprimió una Biblia (1763) y el *Book of Common Prayer* (1760). Para la de Oxford hizo un Nuevo Testamento (1763) con tipos diseñados por él que no gustaron y no volvieron a emplearse.

La aventura le resultó onerosa porque los libros no tuvieron la salida esperada e intentó infructuosamente vender la imprenta. Al final compró la mayoría de sus punzones y matrices Beaumarchais, el autor de *Las bodas de Figaro*, para la edición de las obras completas de Voltaire que imprimió en un taller montado con este propósito en Kehl, frente a Estrasburgo, huyendo de la censura francesa. Hizo dos ediciones, una en octavo de 70 volúmenes (1789) y otra posterior, en doceavo, en 92.

Aparte de Baskerville, merece ser recordado un impresor de finales de siglo y comienzos del XIX, William Bulmer, que realizó una edición de Milton en tres volúmenes tamaño folio (1793-1797), otras muy celebradas de *Poemes*, de Oliver Goldsmith y Thomas Parnell, en 1795, y *Chase*, de William Somerville, ilustradas por Thomas y John Bewick. Pero su obra de mayor empeño fue la edición de Shakespeare iniciada en 1791, denominada Boydell Shakespeare, porque se hizo a propuesta de John y Josiah Boydell, editores de arte. La pretensión era hacer una especie de edición nacional, ilustrada por los pintores ingleses más importantes de entonces, como Fuseli, Reynolds, West y Romney. Teniendo en cuenta que las imprentas inglesas no alcanzaban la altura deseada, se creó una nueva, Shakespeare Press, así como una fundición para grabar y fundir los tipos que se iban a utilizar, e incluso una fábrica de tinta. El último de los nueve volúmenes apareció en 1802.

Otro gran impresor, a caballo entre los siglos XVIII y XIX, fue Thomas Bensley, productor de una bella edición de *The Seasons*, de James Thomson, con grabados de F. Bartolozzi y P. W. Tomkins (1792), una Biblia en siete volúmenes (1800), *History of England*, de Hume, y el primer libro con litografías impreso en Inglaterra, *Antiquities of Westminster*, escrito y sufragado por J. T. Smith.

El mencionado Thomas Bewick hizo una aportación importante a la técnica del grabado, una nueva talla en madera, llamada *a testa*, consistente en utilizar una plancha cortada en sentido diferente, lo que permitió conseguir un grabado de la calidad de los realizados con planchas de cobre. Grababa con un buril, en vez de con un cuchillo, y utilizaba maderas duras, especialmente el boj, y de ahí el nombre de bojes que se suele dar a estos grabados. Como el boj es un arbusto de poca sección, la tabla para el grabado se consigue mediante la unión de varios trozos. Aunque el trabajo mayor de Bewick se centró en la producción de viñetas, merecen recordarse, aparte de las citadas anteriormente, las ilustraciones para *The General History of Quadrupeds*, impresa en 1790, y *A History of British Land Birds*, en 1797.

En este siglo también alcanzó un alto grado la imprenta en Escocia, a donde había llegado tarde, en el siglo XVI (1508), y donde llevaba una vida pobre. Todo ello gracias a dos hermanos, Robert y Andrew Foulis, que iniciaron su actividad en Glasgow en 1741 como librereros e impresores. Lograron un lugar de primer orden con su Homero en cuatro volúmenes en folio (1756-1758), en el que utilizaron los caracteres griegos que para ellos grabó Alexander Wilson, así como con la edición de 1770 de *Paradise Lost*. En su gran producción (más de 700 títulos en medio siglo) siguieron la tradición de los grandes editores eruditos, publicando clásicos griegos y latinos en ediciones bilingües bellamente impresas y corregidas con tanto esmero que es proverbial su proceder en este sentido.

En Estados Unidos hay una persona, Benjamín Franklin, famosa dentro del mundo de la imprenta y de la edición, pero también en el de la política, pues tomó una parte muy activa en el nacimiento de su nación. Fue, además, un autodidacta, prototipo del futuro americano que triunfa y escala los primeros puestos sociales gracias a su esfuerzo. Trató a los grandes impresores de su tiempo (Baskerville, Ibarra, Didot y Bodoni, etc.), pero destacó más como editor que como impresor. Comprendió las necesidades de su pueblo y le ofreció publicaciones que le podían informar de su entorno y ayudarle en la lucha por la vida, primero con *The Pennsylvania Gazette* y después con *Poor Richard's Almanac*, que imprimió a lo largo de un cuarto de siglo, con una tirada total de más de 100.000 ejemplares. Era una publicación

de educación popular con consejos médicos, agrícolas, hogareños, historietas, poemas, muy adaptada a las necesidades y apetencias del norteamericano medio.

Otro gran impresor americano de este siglo fue Isaiah Thomas, que empezó modestamente de aprendiz. Publicó una revista, *Massachusetts Spy*, almanaques y libros juveniles, obras de carácter político, una popular Biblia, obras musicales y redactó una *History of Printing in America*, que se publicó en 1810.

La imprenta en Italia

Durante el siglo XVIII el libro italiano sigue las tendencias europeas y aparece con numerosos grabados para resaltar su valor. Al final de la centuria, y gracias a una gran personalidad, Giambattista Bodoni, su presentación alcanza los más altos grados de belleza dentro de la simplicidad tipográfica.

Venecia sigue ocupando un lugar destacado por su gran producción y en el taller del veneciano Giambattista Albrizzi se publica en 1745 una edición excelente por sus grabados de la *Gerusalemme liberata*, de Tasso, con ilustraciones de Giambattista Piazzetta, realizada bajo los auspicios de un grupo de bibliófilos integrados en la Società Albrizziana. Antonio Zatta fue otro de los grandes impresores italianos de este siglo, al que se deben bellas impresiones de Dante (1757-1758), Ariosto (1772), Metastasio (1782-1784), Goldoni (*Opere teatrale*, en 44 volúmenes en dieciseisavo, 1788-1795), y *Orlando Furioso* (1772) ilustradas por Pietro Antonio Novelli, que realizó más de setecientas cabeceras y viñetas para *Parnasso italiano* (1784-1791), en 56 volúmenes. En Bassiano, localidad próxima a Venecia, la familia Remondini llegó a disponer de un gran taller tipográfico con más de 40 prensas y cerca de un millar de trabajadores, entre ellos buen número de pintores y grabadores. En Padua, el taller de Comino publicó, en 1749, una notable edición de *De vita et rebus gestis Francisci Mauroceni* con numerosas viñetas en madera, y en Florencia Josep Manni, en 1741, dio a luz una curiosa versión de Virgilio utilizando unos tipos nuevos versales, imitación de la letra de un antiguo manuscrito.

498 El libro italiano de esta época abandona la cursiva para el texto y la reserva para el prólogo y dedicatorias, utiliza buen pa-

15.

Siglo XVIII (I)

Inicios de la lectura pública

[Una de las principales características del siglo XVIII es el triunfo de la cultura secular frente a la religiosa y de los libros en lenguas vernáculas frente a los latinos, lo que trajo aparejado el comienzo de la lectura pública, frente a la lectura institucionalizada anterior cuando las bibliotecas estaban al servicio de una institución o eran privadas. También, la demanda de libros que no eran de alta cultura y la ampliación del número de lectores inquietos, interesados por la actualidad, que no eran tan ricos como para adquirir los libros que deseaban leer.

En este siglo los centros intelectuales no son ya las viejas universidades, que siguen en su tradición medieval, ni menos aún los monasterios o los conventos. Unas y otros son desplazados por nuevos centros como las academias, los salones de las casas nobles, los cafés, donde se forman tertulias de amigos, y las bibliotecas.

El contenido de los libros varió notablemente. Descendieron mucho los temas religiosos, lo mismo que la producción en latín, e incluso los autores clásicos son más leídos en traducciones que en la versión original. En cambio, se abrió paso la literatura en lenguas vernáculas, no ya sólo de obras literarias, cuyos cultivadores gozaron de gran prestigio y estima, sino de obras de pensamiento.

La utilización generalizada de estas lenguas favoreció la circulación interior del libro por ser muchas las personas que sabían leer, pero ignoraban el latín y más aún el griego. Las capaces de

Siglo XVIII (I)

leer disponían normalmente de recursos económicos holgados, pero en muchos casos no suficientes para adquirir los libros en cuya lectura estaban interesadas, por lo que se vieron obligadas a recurrir a las bibliotecas existentes, algunas de las cuales se hicieron más accesibles, o de nueva creación. En unos casos los gobiernos crearon bibliotecas nacionales poniendo al servicio de los ciudadanos las bibliotecas reales, en otros los nobles abrieron las de sus casas, siguiendo las recomendaciones de Naudé, en otros las iglesias fueron las que se preocuparon de facilitar los libros, en otros, finalmente, los lectores recurrieron a la compra cooperativa o al simple alquiler de los libros.]

En Inglaterra y sus colonias americanas, que en este mismo siglo llegarían a constituir una nación independiente, los Estados Unidos, apareció un tipo de bibliotecas, denominadas parroquiales, porque se centraron en las parroquias. Sus libros, en general, iban destinados a la formación de los religiosos, pero, a veces, se ofrecieron también a los laicos.

En el desarrollo de estas bibliotecas le correspondió un papel importante al reverendo Thomas Bray (1656-1730), que, como comisario de la Iglesia Anglicana en la colonia de Maryland, advirtió las dificultades para conseguir buenos párrocos y la pobreza material y espiritual en que se desenvolvía la mayoría de ellos. Como la carencia de recursos les impedía la compra de libros, imprescindibles, según Bray, para el cumplimiento de su misión, tuvo la idea de facilitárselos formando bibliotecas. Encontró una gran ayuda en dos asociaciones (Promoción de los conocimientos cristianos y Propaganda de los evangelios en el extranjero), que le facilitaron muchos de los 35.000 libros que logró reunir. Su idea era crear bibliotecas y coordinarlas a través de una principal establecida en cada colonia. En total logró establecer 6 provinciales y 39 parroquiales, más 25 para laicos, la mayoría en Maryland. No tenían muchos volúmenes. La mayor, la de Annapolis, escasamente sobrepasaba los 1.000, que en su mayoría eran de carácter religioso, como fácilmente puede imaginarse. Pero algunos gobiernos coloniales se interesaron por las bibliotecas, las apoyaron y reglamentaron por considerar que eran uno de los pocos medios que tenían los colonos de acercarse al libro.

Bray cayó pronto en la cuenta de que las mismas necesidades



El reverendo Thomas Bray, fundador de las primeras bibliotecas en las colonias inglesas en Norteamérica.

de lectura sentían los párrocos ingleses y fundó, para atenderlas, dos sociedades, a las que, a su muerte, se sumó otra con su nombre, con la pretensión de establecer una red de bibliotecas para el servicio de los párrocos, en la que habría unas bibliotecas de carácter local y otras de ámbito regional destinadas al préstamo. Plan tan ambicioso no pudo llevarse a cabo totalmente por falta de recursos, pero estas bibliotecas siguieron creándose y se mantuvieron a lo largo del siglo XIX, con desigual fortuna, bien es verdad, pues dependían de la generosidad ajena, e incluso algunas han sobrevivido hasta nuestros días.

A principios del siglo XVIII un sacerdote escocés, el reverendo James Kirkwood, elaboró un plan para crear bibliotecas en toda Escocia, que acabó en el establecimiento de unas cuantas en la región de Highland con poca vida y escasa duración. Más importancia tuvo la idea de Samuel Brown (1779-1839), comerciante que llegó a ser preboste de Haddington y tuvo la idea, ya en el siglo XIX, de crear unas bibliotecas itinerantes en un apartado condado, East Lathonian. Se trataba ahora del establecimiento de pequeñas bibliotecas de 50 volúmenes en todos los pueblos y aldeas donde pudiera encontrarse una persona que se responsabilizara de los libros. Éstos, para mantener el interés por la lectura, cambiarían de lugar cada dos años y se procuraría establecer bibliotecas suficientes para que cualquier persona pudiera encontrar una a menos de milla y media de su residencia. El sueño tuvo una realidad más modesta y sólo se pudieron abrir cincuenta. Además, todos estos intentos resistieron poco tiempo después de la muerte de su fundador: las bibliotecas fueron perdiendo lectores continuamente porque los libros envejecían y no se renovaban por falta de recursos.

Dentro de las asociaciones creadas para la adquisición cooperativa de los libros están, en primer lugar, los clubes del libro o sociedades de lectura que aparecieron en Inglaterra a principios del siglo XVIII. Suscitados, al principio, por clérigos, consistían en la asociación de un grupo de amigos, pocos, una o dos docenas, que hacían una aportación primero para la compra de libros y luego otras posteriores para sucesivas adquisiciones. Cuando los libros habían sido leídos por todos los miembros, se procedía a su liquidación. Éstos celebraban reuniones, frecuentemente

mensuales, para tratar de las adquisiciones, reparto y venta de los libros, lo que deparaba ocasión para discutir sobre materias literarias y científicas en relación con las lecturas.

Sus servicios resultaban baratos, pues los gastos se limitaban a la adquisición de libros, no había bibliotecario que pagar ni local que alquilar y los libros se guardaban en un armario de una casa particular o de un lugar público, como taberna o café. Tuviron éxito en pequeñas ciudades y entre personas con escasos ingresos económicos y fueron numerosos los que se formaron en el siglo XVIII, principalmente en las últimas décadas. Muchos tuvieron vida efímera, pero algunos han sobrevivido hasta nuestro siglo, como la Leicestershire Book Society, cuyos miembros se han venido reuniendo dos veces al año en una cena para seleccionar nuevos libros y liquidar los viejos.

Junto a los clubes aparecieron otras formas de adquisición cooperativa de libros, las denominadas bibliotecas sociales (*social libraries*), con dos modalidades, de acciones (*proprietary*) y de suscripción. En las primeras la propiedad pertenecía a los accionistas, que podían regalar, vender o ceder sus acciones libremente a otras personas; en las segundas, el pago de una cuota daba derecho al uso. Los accionistas eran personas ricas que se consideraban obligados por su estado social a subvencionar su biblioteca, claro que a cambio de este desembolso imponían sus criterios en la selección de libros, cuya utilización se permitía a personas no accionistas mediante el pago de un canon que mitigaba el importe de la derrama anual o dividendo pasivo que debían abonar los propietarios para el sostenimiento de la biblioteca.

La pertenencia a una biblioteca de suscripción se lograba pagando la cuota fundacional o la de entrada, según los casos; más otra temporal. Solían ser más liberales que las anteriores y estaban gobernadas por los usuarios, en general gente joven.

La primera biblioteca de carácter asociativo en Norteamérica y por ello considerada la madre de todas ellas, fue la Library Company of Philadelphia, fundada en 1731 a propuesta del joven Benjamín Franklin, que debió de conocer en Inglaterra los clubes de libros o asociaciones de lectura. Los 50 fundadores, miembros en su mayoría de un grupo de discusión, creado por el



Library Company of Philadelphia (siglo XIX).

propio Franklin, denominado Junto, debían pagar 40 chelines. Posteriormente, otras personas pudieron utilizar los libros abonando una cuota y dejando una fianza. Esta biblioteca ha sido una de las más importantes de Norteamérica, estuvo muy ligada a los hombres que forjaron la independencia y ha sobrevivido, con temporadas alternativas de esplendor y decadencia, hasta nuestros días, lo que le ha permitido celebrar con brillantez su 250 aniversario invitando a un simposio a los directores de las bibliotecas europeas y americanas creadas antes que ella.

No es ésta la única biblioteca del siglo XVIII que ha perdurado. En el mismo caso se encuentran tres que fueron grandes bibliotecas norteamericanas, la Redwood Library, que se fundó en 1747 en Newport, también alrededor de un grupo de debates, la Literary and Philosophical Society, gracias a un donativo de Abraham Redwood, con el que se pudo adquirir la mejor colección de libros de las colonias norteamericanas, que fue instalada en un edificio regalado por uno de los miembros de la biblioteca.

Un año más tarde, en 1748, 17 jóvenes fundaron la primera biblioteca por acciones en Norteamérica, la Charleston Library

Society. Los fundadores pertenecían a la aristocracia sureña, que gustaba de enviar a sus hijos a Inglaterra a estudiar, y se reunían semanalmente para comentar los libros adquiridos, entre los que destacaban los autores clásicos.

También alcanzó importancia la New York Society Library creada en 1754, que contó con 118 accionistas y que pudo añadir a los libros adquiridos con las cuotas una colección de 2.000 volúmenes donados por dos clérigos anglicanos que habían quedado impresionados por la escasez de libros advertida en la ciudad. Se instaló en el ayuntamiento y estuvo abierta a los habitantes de la ciudad y de las colonias, con la obligación, para los no accionistas, de dejar una cantidad en depósito, proporcional a los libros que retiraban.

En Inglaterra las bibliotecas de suscripción aparecen en el siglo XIX y se las llamó, además, bibliotecas permanentes para distinguirlas de los clubes. Una de las más famosas fue la London Library, aún existente, y que fue creada a mediados del siglo XIX por instigación de Thomas Carlyle, quejoso porque no encontraba en el British Museum las facilidades que deseaba. Los miembros tenían que pagar una cuota anual de 10 libras y 10 chelines y a cambio podían utilizar un amplio y rico fondo de libros de cultura superior.

Otro tipo de biblioteca, llamada de préstamo (*circulating library*) en Inglaterra y Norteamérica, se estableció en estos y en otros países europeos durante los siglos XVIII y XIX. En Inglaterra, donde alcanzaron un desarrollo muy superior, su existencia se prolongó hasta la segunda mitad del siglo XX, aguantando la competencia de las bibliotecas públicas, pero al final, heridas por la expansión del libro de bolsillo, no pudieron resistir la competencia desigual de la televisión.

La finalidad de estas bibliotecas era comercial. Fueron creadas, como ampliación de sus negocios, por libreros, que cobraban una cantidad a los usuarios, mediante un abono anual o mensual, que les daba derecho a retirar los libros para su lectura en casa, o una cantidad por la lectura de un libro o de un periódico, o de varios libros y periódicos, en el local de la biblioteca.

Aunque no faltaron libreros que alquilaron libros en el si-

glo XVII, es a partir del segundo cuarto del XVIII cuando se generalizan y, al final de la centuria, había más de un millar en distintas ciudades y grandes poblaciones. A mediados del siglo XIX el sistema se modificó a causa del ferrocarril y se crearon organizaciones, como la de Charles Edward Mudie, que, desde Londres, cubrió el país proporcionando novedades mediante el pago de una guinea anual por el derecho de ir retirando y devolviendo uno a uno cuantos libros deseara el cliente. Su éxito fue tan grande que llegó a encargar 2.000 ejemplares de algunos libros, antes de que se pusieran a la venta, para atender inmediatamente las peticiones. Otras casas, como W. H. Smith & Son, abrieron sucursales en distintas ciudades e incluso grandes almacenes, como Harrods, contaron con departamentos para el alquiler de libros.

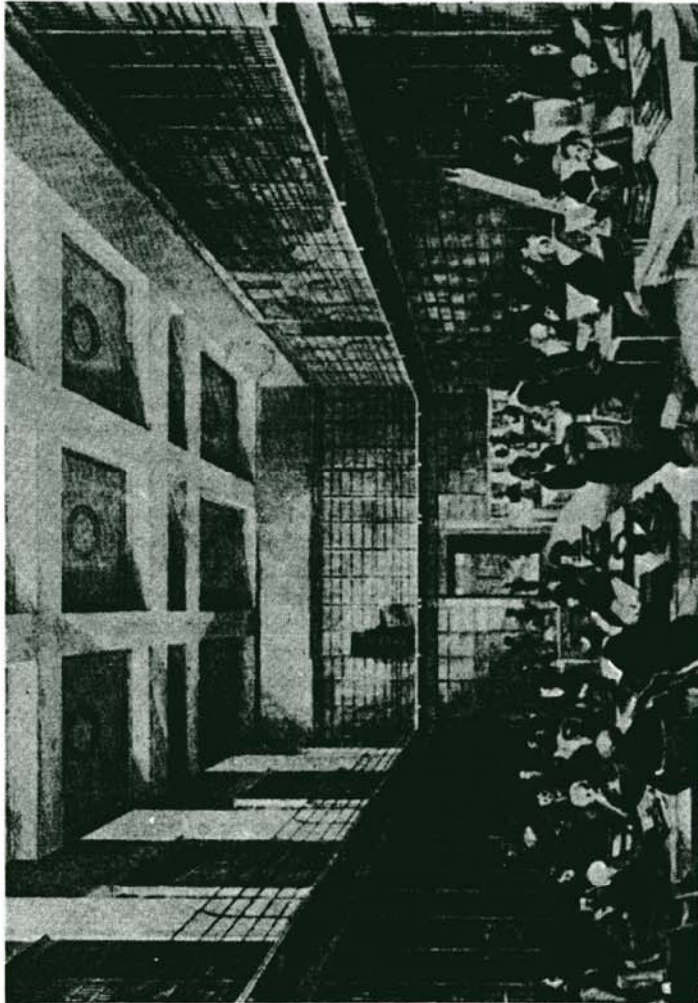
En Alemania también aparecieron sociedades para facilitar a sus miembros los libros que deseaban y que no se los proporcionaban las bibliotecas oficiales. Llegaron a formar colecciones muy nutridas con libros modernos y revistas, incluso extranjeros. Igualmente dispusieron de libros modernos las sociedades, tan características del Siglo de las Luces, consagradas al estudio de determinadas áreas de los conocimientos científicos y técnicos.

Algunas bibliotecas monásticas tuvieron una notable actividad intelectual y otras, en la zona católica, en el sur de Alemania, fueron instaladas en unos espléndidos edificios barrocos. No gozaron, por otra parte, del favor de los gobernantes las bibliotecas universitarias, que llevaron una vida apagada.

El British Museum

Dos grandes bibliotecas nacionales, el British Museum y la Biblioteca Nacional española, se crearon en este siglo, y otra, también de importancia extraordinaria, la Biblioteca Nacional francesa, quedó constituida al transformarse en ella la Biblioteca Real y al incrementar notablemente sus fondos a causa de la Revolución, por la incautación de los libros de la Iglesia y de la nobleza. Dejamos la española para más adelante; de la francesa ya hemos hablado.

En 1753 se creó el British Museum, la Biblioteca Nacional in-



Primitiva sala de lectura del British Museum (1838).

glesa, que llegaría a ser una de las más grandes del mundo. Su creación no obedeció a ningún plan cultural, sino a la oferta hecha al Parlamento por los influyentes testamentarios de Sir Hans Sloane, que fue presidente de la Royal Society, y había dejado a su muerte una gran biblioteca (3.488 manuscritos y 40.000 impresos) y una gran colección de objetos curiosos, desde fósiles, plantas y minerales hasta medallas, con la pretensión de que se conservara todo reunido, a ser posible en Londres, para el progreso de la humanidad y de las ciencias.

A la colección del doctor Sloane se unieron otras tres, una por compra, la de los condes de Oxford, Edward y Robert Harley, con 7.000 manuscritos, 40.000 documentos, 50.000 libros impresos y 400.000 folletos. Otra, la de Robert Bruce Cotton, estaba formada por manuscritos y libros de las bibliotecas monásticas destruidas en los reinados de Isabel y Jacobo I, que era propiedad de la nación desde 1706 y estaba mal conservada. Sus piezas no eran muchas, unas 700, pero muy valiosas, entre ellas el *Evangelario de Lindisfarne*, del siglo VII, el único manuscrito de *Beowulf*, dos ejemplares muy antiguos de la *Historia Eclesiástica*, de Beda, otros dos de la Carta Magna y numerosas crónicas, vidas de santos y cartularios. La última de las tres fue la de Palacio, que cedió el rey Jorge II en 1757, formada por unos 9.000 impresos y 2.000 manuscritos, entre éstos bellos códices flamencos iluminados, el *Salterio de la Reina María* y el *Codex Alexandrinus*, del siglo V, que contiene uno de los más antiguos textos griegos de la Biblia, y había sido regalado a Carlos I por el Patriarca de Alejandría, de un valor similar al *Codex Sinaiticus* adquirido por el British Museum en 1939.

Ante estos hechos, el Parlamento se vio obligado a adquirir un edificio que recogiera los libros y a nombrar un gran Consejo para regir la nueva institución, integrado por personalidades políticas y religiosas (varios ministros, el presidente de los Comunes, el arzobispo de Canterbury, los presidentes de la Royal Society y del Colegio de Médicos), más otros miembros designados por el propio Consejo, cuya administración ha sido extremadamente meticulosa desde que se abrió al público (1759) en Montagu House.

La Cámara también consignó una cantidad para salarios de personal, pero ninguna para compra de libros, por lo que los



El gran director del British Museum Antonio Panizzi.

Siglo xviii (I)

incrementos en los fondos bibliográficos se debieron a que no faltaron en ningún momento donativos y legados, muchos muy valiosos, y a los ingresos procedentes del depósito legal, del que disfrutaba la biblioteca de Palacio y que heredó el British Museum.

La Biblioteca tardó casi un siglo en llegar a ser una institución importante y la renovación se debió a Antonio Panizzi, un emigrante italiano que llegó a Inglaterra en 1823 huyendo de la persecución política del duque de Módena. Se ganó la vida como profesor de italiano al principio, hasta que ingresó (1831) en el departamento de libros impresos del British Museum, del que fue nombrado, seis años más tarde, jefe y en 1856 Principal Librarian o director del British Museum. Procuró el exacto cumplimiento del depósito legal y por él y con los elevados recursos que obtuvo para la compra de libros echó las bases para la formación de una de las colecciones más voluminosas del mundo. A través de un agente en América y otro en Alemania, principalmente, fue adquiriendo sistemáticamente la producción más importante de todos los países y rellenando los huecos de la desigual colección que se encontró a su llegada, pues junto a sectores bien representados, como manuscritos y libros latinos y griegos, faltaban muchísimos libros modernos extranjeros.

La llegada de tantos volúmenes obligó a pensar en nuevos locales, que fueron construidos e inaugurados en 1857. Llamó poderosamente la atención la amplia y circular sala de lectura, rodeada de estanterías metálicas con capacidad para un millón de volúmenes y 500 lectores.

Mejóro la situación del personal y se preocupó por resolver los problemas de la catalogación. Tuvo que convencer al Consejo de que se demorara la impresión del catálogo, pues quedaría rápidamente anticuado por las muchas adquisiciones que se estaban haciendo e iban a hacerse; de la conveniencia de que se ordenara alfabéticamente, en vez de por materias, y de que aprobara un nuevo código de catalogación, *91 Catalogue Rules*, todo lo cual permitió imprimir, ya a finales del siglo, el enorme catálogo de impresos.

Fue hombre inflexible, lo que le valió muchos enemigos, pero gozó de gran consideración en los medios políticos, en parte, por su aureola romántica de perseguido político, y en los intelectua-

les por su cultura superior. Se empeñó en que no hubiera distinciones en el trato a los lectores porque todos eran para él igualmente respetables, y, centrado en el British Museum, se interesó escasamente por el movimiento bibliotecario y por las otras bibliotecas de la isla, no obstante lo cual se le considera uno de los grandes bibliotecarios ingleses.

En 1973 el British Museum fue reorganizado y su biblioteca incluida en una nueva organización denominada British Library, con la finalidad de servir como centro de consulta, estudio e información bibliográfica para las humanidades y las ciencias y las técnicas. La nueva organización quedó estructurada, aparte del Board, de la Central Administration y del Research & Development Department, en tres divisiones: Bibliographic Services, Lending y Reference.

El Board está constituido por un jefe, que no tiene dedicación plena, un jefe ejecutivo, los tres directores generales de las divisiones y 13 miembros nombrados por la Secretaría de Estado, y cuenta con un Consejo y cinco Comités asesores. Es un organismo autónomo que recibe una asignación económica global para sus necesidades y para subvencionar a otras bibliotecas e instituciones con la finalidad de hacer más accesibles sus fondos. Las funciones de la Central Administration son de este carácter: presupuestarias, adquisiciones y pagos, contratos de personal, etc... El Research and Development Department facilita, mediante subvenciones a los centros interesados, la realización de proyectos de investigación en el campo de la biblioteconomía y en el de la información.

La División de Servicios Bibliográficos lleva a cabo, desde 1974, la catalogación centralizada y otros servicios bibliográficos convenientes para la British Library y para el país en su conjunto. Le corresponde la publicación de la British National Bibliography, que desde 1950 editaba el Copyright Receipt Office, incorporado a la División. Corre a su cargo el registro de las publicaciones periódicas inglesas y el de los medios audiovisuales. También atiende al British Library Automated Information Service o BLAISE.

362 La Lending, situada lejos de Londres, en Boston Spa (West Yorkshire) fue el resultado de la unión de la National Central

Library (creada en 1931) y de la National Lending Library for Science and Technology (creada en 1962).

Es una creación original inglesa, que supera, con mucho, los servicios similares de otros países. No recibe las publicaciones por depósito legal, sino que compra monografías en inglés, informes, conferencias, ponencias, publicaciones oficiales, traducciones y grabaciones musicales. Adquiere realmente todas las series de cualquier tema y en cualquier lengua. En cambio, no adquiere obras de ficción. Tiene cerca de tres millones de volúmenes y sirve anualmente, en general en fotocopia, más de dos millones de solicitudes a entidades británicas y más de medio millón al extranjero.

La Reference Division tiene encomendada la recogida de libros y manuscritos británicos, así como los impresos extranjeros importantes de cualquier materia y los manuscritos de carácter especial, y facilitar su consulta en las salas de lectura y su conocimiento por medio de catálogos, fotocopias y exposiciones y servicios de información. También conservar estos materiales sin perjuicio de su utilización. Comprende dos grandes bibliotecas, la Science Reference Library, constituida con la National Reference Library creada en 1960 y la Patent Office Library, que cuenta con 600.000 volúmenes y 18.000 revistas científicas, y la antigua biblioteca del British Museum. La finalidad de la primera es el estímulo de la invención facilitando información sobre las ciencias y la tecnología. Atiende peticiones por correspondencia y teléfono y dispone de un servicio de telex.

La biblioteca del British Museum se subdivide en el Departamento de libros impresos, el de manuscritos y el de manuscritos y libros impresos orientales. En el Departamento de libros impresos se incluye la famosa sala circular construida en 1857, la North Library, que guarda muchos libros raros, y la biblioteca de Publicaciones Oficiales, tanto nacionales como extranjeras. También están incluidas la de Publicaciones Periódicas, en un edificio distinto, la de mapas, la de música y la biblioteca de la Library Association. En conjunto, los departamentos contienen más de diez millones de volúmenes e ingresan anualmente 600.000 piezas.

El Departamento de manuscritos, muy rico, posee 80.000 volúmenes, entre ellos papiros egipcios, griegos y latinos, códices

antiguos y medievales, y sellos. El de libros impresos y manuscritos orientales contiene cerca de 500.000 monografías, 37.000 volúmenes de manuscritos y numerosas publicaciones oficiales y series en todas las lenguas de Asia y en casi todas las africanas.

Otras bibliotecas de carácter superior

En Italia existen ocho bibliotecas nacionales, lo que se explica por la rica tradición cultural del país y por su permanente fragmentación política que ha durado hasta hace poco más de cien años. A tres de ellas nos vamos a referir ahora por haber sido creadas en el siglo XVIII.

La Biblioteca Nacional florentina fue creada en 1714 por el bibliófilo y bibliotecario de los duques de Toscana Antonio Magliabechi, hombre deforme, abandonado en el vestir, mal encarado y temido por su lengua viperina, que sostuvo correspondencia con las personalidades europeas de su tiempo, lo que le permitió reunir, a pesar de su carencia de medios económicos, una biblioteca riquísima, en la que no faltaban obras en árabe, turco, armenio y persa. Sus 30.000 impresos y 3.000 manuscritos los donó a los habitantes en general y en particular a los pobres de Florencia.

Se abrió al público, con el nombre Magliabechiana, unos años más tarde, en 1747, y a los volúmenes fundacionales se fueron añadiendo otros procedentes de donativos y de monasterios suprimidos. En 1861, al producirse la unidad italiana, contaba ya con 100.000 volúmenes, y con los 90.000 impresos y 3.000 manuscritos de la biblioteca de los duques que se le sumaron, se constituyó la Biblioteca Nazionale, hoy la mayor de Italia.

En 1935 se trasladó a un nuevo edificio, a las orillas del Arno, cuyo desbordamiento en 1966 produjo graves daños en los libros, que hoy totalizan cerca de cinco millones, 25.000 manuscritos, 800.000 documentos y 3.800 incunables. Goza, como la Vittorio Emanuele II, abierta al público en 1876 y por tener ambas la categoría de centrales, del beneficio del depósito legal de todos los libros impresos en el país. Las otras



**ANTONIO DI MARC' AN-
POLISTORE FIORENTI
FONDATORE DI PUBBLI-
MORTUO IL DI 21. OTT. MDCCIII.**

**ANTONIO MAGLIABECHI
NO CELEBRATISSIMO E
LIBRERIA NELLA PATRIA.
MORTUO IL DI 4. LUGLIO MDCCXIII.**

Dedicato al merito Singolare del Romo. Sig. Can. Angelo M. Bandini Dottore dell' una, e dell' altra Legge Prot. Apost. Regio Bibliotecario per S. A. R. il Serenissimo Gran-Duca di Toscana nella Libreria Laurenziana Profeta della Pubblica Libreria Marucelliana & C.

Cavato da un Quadro in Tela esistente nella Sopra Mentovata Biblioteca.

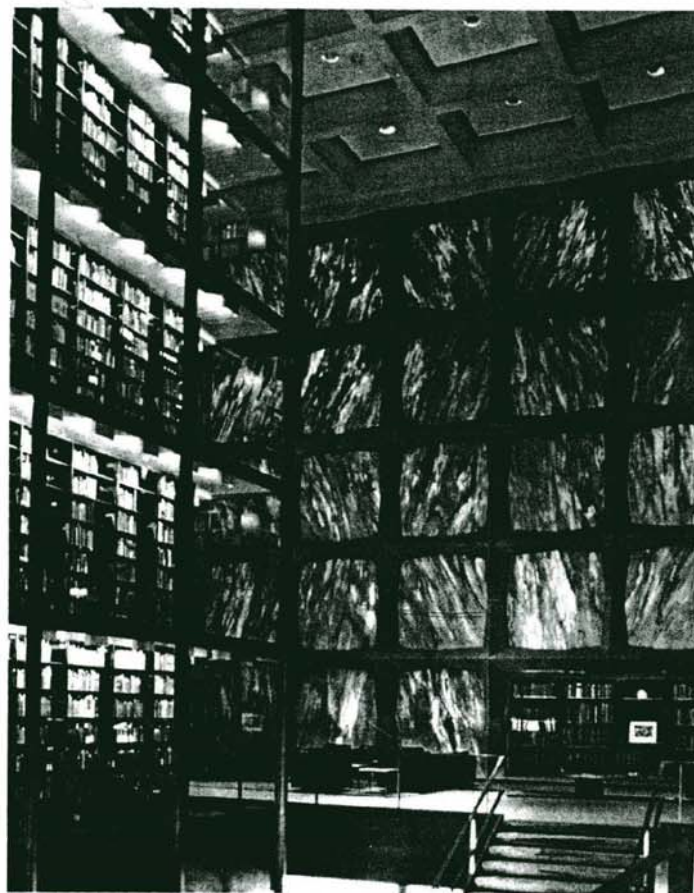
El bibliotecario florentino Antonio Magliabechi.

seis (Bari, Milán, Nápoles, Palermo, Turín y Venecia) sólo reciben por depósito legal los impresos de su región. A las primeras les está encomendada la función de reunir y conservar todo lo publicado en Italia. También les corresponde facilitar el conocimiento de la cultura italiana, reunir publicaciones sobre culturas extranjeras y organizar y coordinar los servicios bibliográficos para lo cual llevan el catálogo colectivo nacional. La biblioteca romana publica el *Bolletino delle Opere Moderne Straniere* y la florentina el *Bolletino delle Pubblicazioni Italiane Ricevute per Diritto di Stampa*.

Del siglo XVIII datan otras bibliotecas nacionales con carácter regional, la de Vittorio Emmanuele III, de Nápoles, y la Braidense, de Milán. La primera fue fundada por Carlos III en 1734 con los fondos de la Biblioteca Farnesio de Parma, a los que se sumaron los de monasterios suprimidos y los de las casas de los jesuitas. Se abrió al público en 1804, con el nombre de Biblioteca Real, que más tarde cambió por el de Borbón para terminar en Nazionale en 1860. En la actualidad cuenta con un millón y medio de volúmenes, entre ellos cerca de 13.000 manuscritos y más de 4.500 incunables. Posee una buena colección de óperas y gran parte de los papiros romanos descubiertos a mediados del siglo XVIII en Herculano, la ciudad cubierta por las cenizas del Vesubio en el año 72 a.C.

La Braidense de Milán se creó por instigación de la emperatriz austriaca María Teresa después de la compra de la biblioteca privada del conde Carlos Pertusati, a la que se añadió la de los jesuitas, y se abrió al público en 1786. Posee cerca de un millón de volúmenes, entre ellos, más de 2.000 manuscritos, y una espléndida colección con todos los impresos conservados del gran impresor Bodoni.

También aparecieron en este siglo, junto con sus universidades, algunas bibliotecas estadounidenses. Su vida es similar a la de Harvard, de la que nos hemos ocupado en el capítulo anterior. Viven alojadas en una habitación del *college* durante el siglo XVIII, al ser pocos los libros porque es escaso o nulo el presupuesto para comprarlos y el crecimiento se origina principalmente por donativos. En el siglo XIX precisan construir edificios independientes que en el XX se revelan insuficientes para albergar



Moderno edificio de la biblioteca de la universidad de Yale.

todos los libros, dado que en las últimas décadas del XIX y a todo lo largo del XX el crecimiento de las colecciones, que son millonarias, es vertiginoso.

La biblioteca de la universidad de Yale se formó, al tiempo que el *college*, en 1701, aunque no se estableció en New Haven, Connecticut, donde ahora están, hasta 1718. Su colección de libros, iniciada con una donación de los fundadores, fue creciendo por donativos, algunos de personalidades como Newton y Halley. También el gobernador Elihu Yale, que dio nombre al *college* y posterior universidad, entregó 300 libros, y el obispo George Berkeley hizo un donativo que llegó al millar de volúmenes. En 1733 apareció su primer catálogo con 2.600 volúmenes. En 1846 se instaló en un edificio independiente y en 1930 se construyó, sufragado por Mr. Sterling, uno monumental, que recuerda una fortaleza y una catedral góticas. En el siglo XX se enriqueció con importantes colecciones, como la de literatura americana donada por O. F. Aldis y la de Goethe, de W. A. Speck. También con un ejemplar de la Biblia de Gutenberg y otro del *Bay Psalm Book*, el primer libro impreso en los actuales Estados Unidos (1641). Otras piezas importantes son un fragmento de un papiro con un texto del Génesis, quizá el texto bíblico más antiguo.

A los treinta años, la monumental Sterling Library resultó insuficiente para contener la totalidad de la colección y en 1964 se abrió la Beinecke Library, original construcción diseñada por Gordon Bushalt, con la fachada exterior de placas de mármol de Vermont encuadradas con granito. La decoración principal se consigue con las estanterías, adosadas a los muros con una altura de seis pisos. En la actualidad el conjunto de bibliotecas que forman la biblioteca universitaria tiene más de siete millones de volúmenes.

En 1750 el *college* de New Jersey, origen de la universidad de Princeton, que había sido creada cuatro años antes, acordó establecer una biblioteca. Las llamas destruyeron la primera y modesta colección, que resurgió con fuerza al iniciarse el siglo XIX. Poco creció al principio de este siglo, pero en 1888 fue preciso construir un edificio nuevo para contener los 70.000 volúmenes que poseía. A partir de entonces el crecimiento fue rápido y en 1948 se construyó un nuevo edificio, Firestone Library, dona-

do por el fabricante de cubiertas, que un cuarto de siglo más tarde fue preciso ampliar. Hoy tiene tres millones de volúmenes, entre los cuales hay 250.000 obras chinas (Gest Oriental Collection), y valiosos manuscritos árabes, persas y turcos de la colección de Robert Garrett.

En 1754 se fundó en Nueva York el King's College, del que descende la actual Columbia University, cuya biblioteca prácticamente desapareció durante la guerra de la independencia. Como en las otras bibliotecas universitarias, su crecimiento se produjo en los años finales del siglo XIX y en el XX. Hoy cuenta con cinco millones de volúmenes.

También en el siglo XVIII se fundó el Dartmouth College (1769), en Hanover, New Hampshire, gracias a varias ayudas económicas, entre ellas las del conde que dio nombre al colegio. Su crecimiento fue similar al de las bibliotecas de los colegios que se convirtieron en universidades. Continúa hoy como colegio y tiene la mejor biblioteca de todos los colegios americanos, con más de un millón de volúmenes.

En París, con un activísimo comercio del libro de ocasión y con grandes coleccionistas a la espera de cualquier biblioteca que se pusiera a la venta, era natural que se formara en este siglo una gran biblioteca. Su creador fue Antoine René de Voyer d'Argenson, marqués de Paulmy (1722-87), ministro de la guerra de Luis XV y embajador en Suiza, Polonia y Venecia. Dispuso para la instalación de la biblioteca de la antigua residencia del jefe de la artillería, en el Arsenal, nombre que ha recibido la biblioteca.

No fue sólo un simple coleccionista. Procuraba leer sus libros y muchos están anotados de su puño y letra, pues deseaba llevar a cabo una ambiciosa publicación bibliográfica. Por ello se guiaba en la compra de los libros por dos motivos principales: su contenido o su belleza material. Estuvo atento a las ventas que se presentaban y derrochó paciencia y habilidad en las compras por no andar sobrado de dinero. También aprovechó sus embajadas, especialmente la de Venecia, para rastrear Italia. Para Alemania e Inglaterra solía utilizar los servicios de agentes libreros.

Llegó a reunir en su colección muy valiosas piezas, como manuscritos de la corte de Borgoña, y muchas obras de la literatura francesa. Terminó vendiéndose en 1785 al conde de Artois,



Antoine René de Voyer d'Argenson, marqués de Paulmy, cuya biblioteca privada es hoy la parisina del Arsenal.

hermano del rey y futuro Carlos X con la condición de poder seguir utilizándola el resto de su vida. El conde añadió a los 160.000 volúmenes reunidos por Paulmy los 30.000 de su colección.

Poco después estalló la Revolución y la biblioteca fue requisada y convertida en uno de los depósitos literarios de París, lo que le proporcionó 50.000 volúmenes procedentes de otras bibliotecas incautadas, entre las cuales vino el Salterio de Blanca de Castilla, del siglo XIII, y el archivo de la Bastilla.

Aunque la biblioteca fue devuelta a su propietario en 1816, realmente continuó siendo una biblioteca oficial y la propiedad resultó más teórica que real. Durante veintidós años fue su bibliotecario el escritor Charles Nodier (1822-44) y en ella se celebraron tertulias frecuentadas por grandes escritores: Victor Hugo, A. Dumas, A. de Musset, Lamartine, Balzac y Alfredo de Vigny, entre otros.

Al final del siglo pasado la biblioteca tenía 600.000 volúmenes y hoy posee un millón y medio y 15.000 manuscritos. Ha sido beneficiaria del depósito legal y ha recibido un donativo muy importante (1925) de obras dramáticas, la colección Auguste Rodin, con 300.000 volúmenes, que se ha completado con la compra de otra colección teatral valiosa, la de Edward Gordon Craig. Desde 1936 es parte de la Biblioteca Nacional.

La actividad bibliotecaria de Portugal en el siglo XVIII fue muy importante y en ella le cupo un papel decisivo al rey Juan V, que amaba la música y las matemáticas, y sentía una gran afición por el libro. Entre 1717 y 1730 el monarca construyó, inspirándose en El Escorial, el palacio-monasterio de Mafra y le dotó de una hermosa biblioteca. Con planta en forma de cruz, su instalación definitiva se demoró a lo largo del siglo, pues cambiaron los monjes (franciscanos y agustinos) encargados del monasterio y de la biblioteca. Cuando se concluyó tenía 38.000 volúmenes, los mismos aproximadamente con que cuenta en la actualidad, que mantienen en las estanterías la clasificación primera, y que son, en general, ediciones de los siglos XVII y XVIII.

La universidad de Coimbra data del siglo XIII (1290) y estuvo temporalmente en Lisboa, hasta que en 1537 se asentó definitivamente en Coimbra. Al iniciarse el siglo XVIII el edificio



Biblioteca de la universidad de Coimbra.

de la biblioteca estaba en estado ruinoso. Este hecho, junto con la adquisición de una biblioteca privada, la del doctor Francisco Barreto, inclinó al rey a la erección de un nuevo edificio, cuya construcción se inició en 1717 y se acabó once años más tarde, en 1728. Consta de tres habitaciones de igual tamaño, con el suelo de mármol y los muros recubiertos con dos pisos de estanterías de maderas ricas, ébano y jacarandá, profusamente labradas y decoradas. El conjunto barroco es tan bello que iguala a la de la corte de Viena. El rey le donó una gran cantidad de libros de teología, filosofía, historia, derecho y medicina. Entraron en este primer siglo pocos libros, pero entre ellos estaba un ejemplar de la Biblia impresa en Maguncia en 1462 por Fust y Schoeffer. Ya en el siglo XIX (1806) ingresó una valiosa colección, la de Monseñor Hasse y después de 1834 recibió una gran cantidad de libros procedentes de los conventos suprimidos. Es beneficiaria del depósito legal y cuenta en la actualidad con un millón de volúmenes y con un moderno edificio.

La Biblioteca Nacional se fundó en febrero de 1796 como Real Biblioteca Pública (denominada Nacional a partir de 1836), en gran parte debido a la iniciativa del obispo de Beja Manuel do Cenáculo, que aportó la biblioteca de la Mesa Censorial, que él presidió y que había sido establecida en 1768 para censurar los libros. Pronto se sumaron los de los jesuitas cuando la Compañía fue expulsada y los conseguidos por depósito legal, a partir de 1798, y, ya en el siglo XIX (1834), 176.000 libros y manuscritos pertenecientes a las órdenes religiosas suprimidas. La Biblioteca, que fue abierta al público en 1797 y estuvo al principio en el edificio de la Mesa Censorial y desde 1836 en el convento de San Francisco, cuenta desde 1969 con un nuevo edificio en las proximidades de la universidad de Lisboa. Posee más de millón y medio de volúmenes, 1.450 incunables, entre ellos un ejemplar de la Biblia de Gutenberg, y 20.000 manuscritos.

Bibliografía del capítulo

- Kelly, Thomas: *Early Public Libraries. A History of Public Libraries in Great Britain before 1850*, London, 1966.
- Polden, Andrea G.: «The British Library», en *International Library Review*, 1980.
- Shera, Jesse H.: *Foundations of the Public Library. The Origins of the Public Library Movement in New England 1629-1855*, Chicago, 1949.

16. Siglo XVIII (II). España

La Biblioteca Nacional

[La Guerra de Sucesión española, iniciada con el siglo XVIII y terminada con el triunfo de la Casa de Borbón frente a la de Austria, tuvo importantes consecuencias bibliotecarias, como frecuentemente sucede con las guerras civiles. Por un lado, se produjeron destrucciones e incautaciones de libros, por otro, se creó la Biblioteca Real, que al cabo de poco más de un siglo, cuando desapareció el llamado Antiguo Régimen y se impusieron las ideas liberales que transferían la soberanía del rey al pueblo, se transformó en Nacional.]

[Parece que la propuesta de su creación fue del catedrático de la universidad de Salamanca y desdichado político Melchor Rafael de Macanaz, gran defensor del regalismo, es decir, del poder real sobre el papal, según parece desprenderse de su testamento en el que declara que a su instancia el rey fundó la biblioteca y que él se encargó de recoger las bibliotecas de los emigrados. Probablemente la idea le vino por la conveniencia de reunir en un lugar las bibliotecas de los nobles que, por haberse puesto al lado del aspirante austriaco en la contienda, tuvieron que abandonar España, como el arzobispo de Valencia Antonio Cardona o el duque de Uceda.]

[El autor material de la propuesta definitiva de creación de la biblioteca, que fue aprobada el 29 de diciembre de 1711, fue el jesuita francés Pedro Robinet, gran amante de los libros y confesor de Felipe V. Este cedió 2.000 volúmenes que constituían en Palacio la llamada biblioteca de la Reina Madre y 6.000

traídos de Francia.] A ellos se unieron, como era costumbre en aquellos tiempos, instrumentos matemáticos, monedas, medallas y otras curiosidades. Las monedas y medallas habían llegado a constituir una gran colección, con cerca de 100.000 piezas, en 1867, cuando se constituyó el Museo Arqueológico Nacional y a él fueron cedidas.

[La Biblioteca quedó instalada, y allí permaneció hasta 1809, en un pasadizo que unía el Alcázar Real con el convento de la Encarnación, en la antigua plaza de los Caños del Peral y actual de Oriente, local «estrecho y poco decente»,] como lo describiría un director de la Biblioteca en el siglo XIX, y no muy apropiado porque estaba expuesto a incendios por la proximidad de cocinas y chimeneas de servidores de Palacio y porque desde 1753 amenazó ruina, aparte de que pronto se quedó pequeño para albergar los libros.

[Aunque la Biblioteca se abrió al público en marzo de 1712, hasta 1716 no se redactaron el decreto fundacional y los estatutos. En la justificación de ambos se afirmaba que para reparar la decadencia de «los antiguos estudios de las buenas letras y demás Artes, que son de necesidad y ornamento de las Repúblicas», el rey determinó abrir «una pública librería, cuyas puertas estuviesen patentes a todo género de profesores».]

[En el decreto se la dotaba, con cargo a las rentas de tabaco y naipes, de 8.000 pesos anuales, 4.300 para remuneraciones del personal, 2.500 para adquisiciones de libros y 1.200 para gastos ordinarios. Quedaban nombrados director el jesuita francés Guillermo Daubeton] confesor del rey, y bibliotecario mayor Juan Ferreras, uno de los fundadores de la Academia Española, historiador poco afortunado, cura párroco de San Andrés, protegido de los jesuitas y autor del decreto y estatutos fundacionales. A sus órdenes trabajaban cuatro bibliotecarios y un administrador. La plantilla se completaba con dos escribientes, un portero y su ayudante. La Biblioteca, por último, quedaba adscrita al secretario de despacho universal que corriera con el negociado y departamento de las casas reales.]

[En los estatutos se definían las obligaciones del personal. El director, que había de serlo siempre el confesor del rey, quedaba como responsable máximo y enlace entre el soberano y el bibliotecario mayor. Sobre este último recaía la responsabilidad de la



MACANAZ
(Melchor de)

Ministro de España, tan zeloso como ilustrado.

Don Melchor de Macanaz, que tuvo la idea de crear la Biblioteca Real.

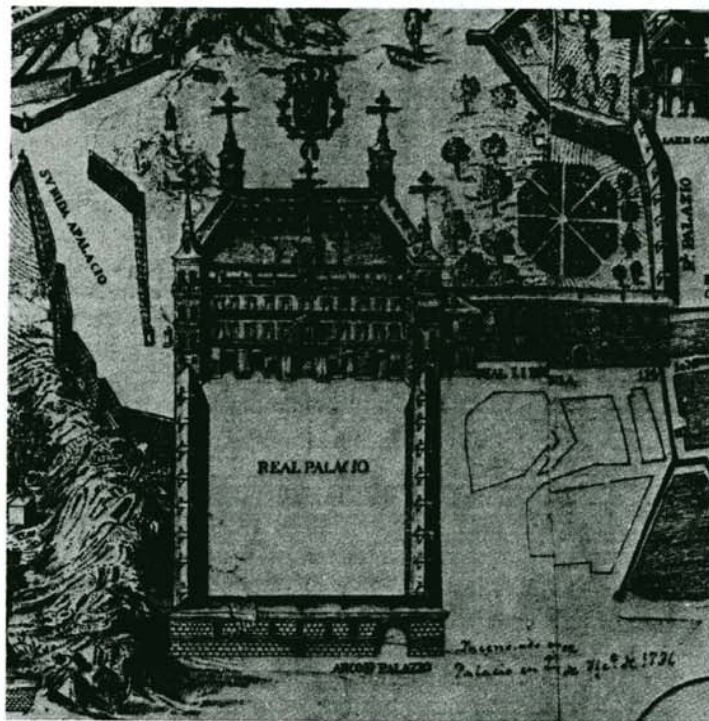


Don Juan Ferreras, primer bibliotecario mayor de la Biblioteca Real.

buena marcha de la Biblioteca: distribución del trabajo del personal, adquisición de libros y venta y trueque de los duplicados, cumplimiento de las normas reglamentarias, que se reducían a la prohibición de salida de los libros sin autorización real, y respeto de las horas de apertura, seis diarias, tres por la mañana y tres por la tarde.]

[Las constituciones se mantuvieron vigentes hasta 1761, año en que Carlos III aprobó unas nuevas más amplias, redactadas por el bibliotecario mayor Juan de Santander y en las que se recogía en 16 capítulos el fruto de la experiencia de medio siglo. En el primero, después de calificar a la Biblioteca de una de las más preciosas alhajas de la Corona, se reconocía a los bibliotecarios una vieja aspiración, la de ser declarados criados de la Real Casa, distinción que suponía determinados privilegios. En ellas se confirmaba y ampliaba el contenido de una vieja orden de Felipe V (15 de octubre de 1716) por la que se obligaba a los impresores a entregar a la Biblioteca un ejemplar de lo que imprimieran, incluidas las reediciones, así como los reglamentos, ordenanzas, cédulas y otros documentos oficiales. También obligaba a los tasadores de librerías a comunicar a la Biblioteca los inventarios y los precios de los libros por si le interesaba ejercer el derecho de tanteo.]

[Los siete capítulos siguientes fijaban los méritos y competencias del personal, cuyo número se aumentó considerablemente al pasar los escribientes, que se dividían en tres categorías, de dos a doce. Esencial para los empleados de la biblioteca era el conocimiento de la lengua latina, que se exigía a todos y se recomendaba a los celadores. Los bibliotecarios, categoría a la que se solía llegar por ascenso desde escribiente, debían, además de tener elevada formación teológica, jurídica o canonista, conocer griego, hebreo, árabe u otra lengua docta y ser especialistas en historia, arqueología, filosofía y buenas letras. A los escribientes, además del latín, se les exigía conocimiento de lenguas modernas europeas o paleografía y escribir bien y correctamente la castellana. Otros capítulos están dedicados a los índices, catálogos e inventarios, a la administración, al cuidado del edificio y de las instalaciones, y a la junta de bibliotecarios asesora del bibliotecario mayor.]



Fachada y ubicación de la Biblioteca Real.

Un cuerpo de guardia, que vigilaba permanentemente en el zaguán del edificio, registraba a los que salían de la Biblioteca cuando había sospechas de posibles sustracciones, e impedía la entrada a gente «con gorro, cofia, pelo atado, embozo u otro traje indecente o sospechoso», así como a las mujeres en días y horas de estudio, pues para ver la Biblioteca podían ir los días feriados con permiso del bibliotecario mayor.

La biblioteca estaba cerrada los días de fiesta de precepto, los que señalaba el Consejo y en los que se retiraban (primavera) y colocaban (otoño) las esteras, festividades que con los apelativos familiares de San Estero y San Desestero han perdurado, hasta los últimos años, en los ministerios.

Los días de trabajo estaba abierta seis horas, al final de siglo, cuatro horas por la mañana y dos por la tarde, salvo en las épocas en que anochece temprano, por estar prohibida la utilización de cualquier iluminación artificial por miedo a los incendios, miedo que obligó también a tomar disposiciones muy estrictas sobre los braseros que calentaban las salas en el invierno, lo mismo que el miedo a los robos motivó una meticulosa reglamentación del manejo de las llaves de las dependencias y de los armarios.

En la Biblioteca los manuscritos y libros impresos se guardaban ordenados sistemáticamente, empezando por la teología, en armarios adosados a la pared, cerrados con llave y cubiertos con una trama de alambre para que el aire circulara en el interior. Había, además, monedas y otras antigüedades, como camafeos, piedras grabadas, anillos, vasos, estatuas e instrumentos y objetos de varias ciencias y artes e historia natural. Todo esto le daba un aire de museo o laboratorio que incitaba a los curiosos visitantes.

Los celadores, o los propios escribientes en su defecto, tenían que servir los libros solicitados y reintegrarlos a su lugar después de que el lector hubiera terminado. Debían vigilar para evitar que los maltratasen o escribiesen encima de ellos.

Los escribientes, bajo las órdenes de los bibliotecarios, que tenían asignadas parcelas distintas de la Biblioteca, redactaban las cédulas de los libros, que después eran pasadas a grandes catálogos manuscritos en forma de libro, en los que las obras, agrupadas por materias, se registraban por orden alfabético. Co-

mo no se dejaba hueco para la intercalación de los ingresos posteriores, era preciso redactar, de cuando en cuando, suplementos que, al final, se unificaban con el primitivo catálogo, escribiendo otro nuevo.

Los bibliotecarios disfrutaban de alojamiento, aunque en general estrecho, en el mismo edificio o en una dependencia de la Corona. No se debían de esforzar mucho en su trabajo, pues el retraso en la catalogación y ordenación de los libros, manuscritos y objetos fue siempre grande. Aunque la Biblioteca era visitada por personalidades y viajeros ilustres y no faltaban investigadores, los ánimos de los bibliotecarios no estaban muy elevados y uno de los bibliotecarios mayores, Vargas, habla de la enfadosa hipocondría que la Biblioteca engendraba.

Los ingresos económicos de la Biblioteca no fueron, a lo largo del siglo, abundantes. Tampoco regulares, pues hubo tiempos de relativa abundancia y otros de gran penuria. Los bibliotecarios se vieron obligados a llevar una vida ascética y los celadores y porteros, milagrosa. Fue preciso echar a uno de éstos por haberse casado porque, siendo notablemente escaso el salario para mantener a una familia, sentiría tentaciones de robar. Los libros nuevos extranjeros no ingresaban con regularidad y la Biblioteca crecía, aparte de por las entregas obligatorias de los impresores, por la compra de bibliotecas privadas, como la del duque de Medinaceli, la de don Ignacio Suárez de Guevara, la del doctor Salcedo, la del conde de Miranda y, ya en el reinado de Carlos III, la del cardenal Arquinto, que fue traída de Roma.

Los libros eran adquiridos directamente por el bibliotecario mayor, pero cuando se trataba de una partida de cierta importancia o de la edición de una obra, era preceptivo la consulta con el rey. La preparación de originales, para las impresiones, así como la copia de los textos que se deseaba incorporar, se encomendaba a los escribientes, a los cuales, en ocasiones, se les dispensaba de venir por las tardes para que realizaran estas tareas con más comodidad en sus casas.

En 1788 se aprobó un nuevo estatuto, siendo ministro Jovellanos, en el que se encomendaba una importante misión a la Biblioteca, la de preparación para la imprenta de las obras manuscritas, y para ayudar a los seis bibliotecarios en esta tarea se



Grabado de la *Bibliotheca Universal de la Polygraphia Española*, editada por la Biblioteca Real, que muestra una biblioteca ideal de principios del siglo XVIII.

nombraban dos profesores de lenguas, uno de lenguas clásicas y otro de lenguas orientales.

[Las ediciones de la Biblioteca se iniciaron en 1738 con la *Biblioteca Universal de la Polygraphia Española*, de Cristóbal Rodríguez, a la que siguieron entre otras, *Población General de España* (1747), 3 volúmenes, de Juan Antonio Estrada; *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis* (1760-70), 2 volúmenes, de Miguel Casiri; *Diálogos* (1767), de Pero Mexía; *Tratado de la victoria sobre sí mismo*, trad. de Melchor Cano (1768); *La Eneida*, 2 volúmenes, y *Las Geórgicas* (1768), de Virgilio; *Opera Omnia* (1769), de Alfonso García Matamoros; *Regiae Bibliothecae Matritensis Codices Graeci* (1769), de Juan de Iriarte; *De Aphrodisio expugnato* (1771), de Juan Cristóbal Calvete de la Estrella; *Bibliotheca Hispana Vetus et Nova* (1783-88), 4 volúmenes, de Nicolás Antonio; *El arte poética* (1798), de Aristóteles, traducido por Goya Muniain; *Descripción de España* (1799), de El Edrisí, trad. de José Antonio Conde; *Examen de las medallas antiguas atribuidas a la ciudad de Munda en la Bética* (1799), de Guillermo López Bustamente. Ya en el siglo XIX aparecieron *Libro de agricultura*, 2 volúmenes, 1802, de Abu Zacaría el-Awan, y el volumen primero (1808) de la *Collectio Canonum Ecclesiae Hispaniae*, quedando interrumpida esta serie.] En 1858 se comenzó otra serie de obras bibliográficas premiadas en concursos convocados por la Biblioteca.

[No tuvo un impresor único y entre otras imprentas trabajaron para ella las de Andrés Ramírez, Francisco Xavier García, Antonio Pérez Soto, Joaquín Ibarra y la Imprenta Real. Precisamente esta última se inició bajo la dependencia del director de la Biblioteca, Juan de Santander, en 1761, quien, además, por orden de Carlos III comenzó la fundición de tipos en la Biblioteca para facilitar la renovación de las artes gráficas españolas. Con ellos durante los veinte años que duró la fundición de la Biblioteca, traspasada a la Imprenta Real en 1793, se imprimieron muchas obras en los talleres madrileños a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII.]

384 [Durante los cincuenta primeros años de su existencia la Biblioteca tuvo a su frente un director, el confesor del rey, como

establecían los estatutos, y un bibliotecario mayor. Los directores fueron nueve. Los ocho primeros jesuitas (cuatro franceses, un escocés y tres españoles). El último, también español, fue Manuel Quintana Bonifaz, arzobispo de Farsalia e inquisidor general. Los bibliotecarios mayores, verdaderos responsables del funcionamiento, fueron sólo cinco, el primero de los cuales fue Gabriel Álvarez de Toledo, fundador, como Ferreras, de la Real Academia Española.]

[El último, Juan Manuel de Santander, canónigo doctoral de Segovia, rigió la Biblioteca hasta 1783 y no tuvo desde 1761 ningún director sobre él. Gozó de la confianza de Carlos III y la larga permanencia en el cargo le hizo considerar la Biblioteca como cosa propia y de ella se llevó a su casa gran cantidad de libros, papeles y objetos que fueron reintegrados a su muerte.]

[Le sucedió, como bibliotecario mayor, el erudito y numismático Francisco Pérez Bayer (1783 a 1793), autor de una famosa Memoria (*Por la libertad de la literatura española*) sobre los males y posibles remedios de las universidades españolas y anotador de la *Bibliotheca Hispana Vetus*, de Nicolás Antonio. Los últimos años del siglo rigieron la Biblioteca Pedro Luis Blanco, que fue obispo de Albarracín, y Antonio Vargas y Laguna, amigo de Godoy, el primero que no era sacerdote, y que hizo un interesante informe en el que se analizaba la situación de la Biblioteca, recomendaba la especialización de los bibliotecarios y su dedicación preferente a la preparación de manuscritos, solicitaba mejores salarios y honores para ellos, así como más recursos para la adquisición de libros científicos extranjeros, que llegaban en muy escaso número.]

Más famosos en el mundo de las letras que los directores y los bibliotecarios mayores fueron algunos bibliotecarios, como Juan de Iriarte, hombre muy culto, excelente latinista (a él se deben los textos de numerosas inscripciones) y helenista (fue el autor del catálogo de manuscritos griegos de la Biblioteca y de una *Paleografía griega*); Gregorio Mayans y Siscar, autor de la primera biografía de Cervantes y de inteligentes obras de análisis literario; Miguel Casiri, maronita sirio, que confeccionó el gran catálogo de los códices árabes del monasterio de El Escorial, la *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*; Tomás Antonio Sánchez, que publicó, por primera vez, en su *Poesías castellanas*



El erudito don Francisco Pérez Bayer, bibliotecario mayor de la Biblioteca Real.

anteriores al siglo XV, obras tan importantes como el *Poema del Cid* y las de Berceo; Francisco Cerdá y Rico, editor de las obras más importantes de la literatura española; José Rodríguez de Castro, autor de la *Biblioteca Rabínica Española*; José Antonio Conde, famoso arabista y afrancesado; José Banqueri, arabista discípulo de Casiri, que, a pesar de ser franciscano, fue admitido en la Academia de la Historia; José Goya Muniain, traductor de Aristóteles, y Vicente García de la Huerta, famoso dramaturgo, por limitar la cita a los más conocidos.

Un prematuro plan de bibliotecas para toda la nación

La creación de la Biblioteca Real tuvo una gran incidencia en la renovación cultural española, cuyo ambiente, por falta de comunicación con el exterior, estaba enrarecido. Este cambio fue advertido por el benedictino fray Martín Sarmiento en dos cartas que dirigió al bibliotecario Juan de Iriarte, y que editó Juan Valladares en el *Semanario erudito* con el título de «Reflexiones literarias para una Biblioteca Real y para otras bibliotecas públicas hechas... en el mes de diciembre del año 1743».

Sarmiento justifica el claro aumento del comercio del libro en Madrid durante las últimas tres décadas, primero en el establecimiento de la Biblioteca Real, abierta a todos los que por falta de libros o de dinero quisieran ir a ella a leer, estudiar y aun a escribir; después en la creación de las Reales Academias. La Biblioteca había quintuplicado en treinta años el número de sus volúmenes, pasando de los iniciales 10.000 a los 50.000 con que contaba al iniciarse la quinta década.

El efecto de la Biblioteca está ágilmente señalado: A su establecimiento, que al principio pasó por curiosidad, le siguió la curiosidad de ir a ver los libros materialmente colocados; a ésta la de abrirlos y revolverlos; a ésta el apetito de leer algo; a éste la afición de leer mucho de muchos, y a todos el deseo de comprar otros semejantes para leerlos con más comodidad en su casa, o la solicitud de comprar otros libros que allí vio citados y aun no se hallaban en la Real Biblioteca. Finalmente, comenzaron a des-